

ME AMARE EN LA LEY SOBRE LIBERTAD DE INFORMACION PARA SOLICITAR POR ESCRITO EL BOSSIER QUE SOBRE MI PERSONA GUARDA EL F.B.I.



Y ESTO ES LO QUE DICE MI BOSSIER: EL 12 DE OCTUBRE DE 1966 TRATO DE LIGAR CON UNA CHICA EN LA MANIFESTACION PRO DERECHOS CIVILES. NO LO CONSIGUIO



EL 1 DE FEBRERO DE 1976 INTENTO LIGAR CON UNA MUCHACHA EN PLENA MARCHA DE LA PAZ. NUEVO FRACASO



EL 10 DE ABRIL DE 1968 TRATO DE ACERCARSE A UNA CHICA EN UN MITIN PRE-ELECTORAL PRO MCCARTHY EN VANO



EL 5 DE NOVIEMBRE DE 1972 INTENTO LIGAR CON UNA MUCHACHA EN LA CONFERENCIA DE LIBERACION DE LA MUJER. FUE EXPULSADO DE LA SALA



AÑO TRAS AÑO DE HOMILLACION SEXUAL, Y TODO EN LOS ARCHIVOS



NO MAS POLITICA

©1976 GUS FEIFFER 2-15

Ejecución en Francia

en el mundo, y que disminuye a medida que las civilizaciones, las culturas, se consideran más avanzadas. Se sabe que hay también una actitud siempre inconforme por parte de algunas capas sociales. En los Estados Unidos se había abolido, por decisión del Tribunal Supremo, hace años: se declaró inconstitucional. Ahora el mismo Tribunal vuelve a considerar posible su restablecimiento. En Francia, el único país europeo occidental donde se mantiene, junto con España, no se cumplía desde 1973. Ha vuelto. Una parte del Gobierno ha fortalecido la opinión pública favorable a la ejecución. Poniatowski, la cara rígida del régimen, habla explicado que había que cumplir las penas de muerte en los casos de secuestros de rehenes, en los de asesinatos de niños, en los de muerte de policías. "Contrariamente a lo que todo el mundo dice, creo en una cierta medida en la capacidad de disuasión de la pena de muerte". No deja de ser indignante que un gobernante actúe "contrariamente a lo que todo el mundo dice". En cambio, el rostro sonriente de este mismo régimen, Giscard d'Estaing, decía que "tengo, naturalmente, como todo el mundo, una aversión profunda por la pena de muerte", pero ha sido él quien ha rechazado el recurso de gracia, reservado a los Jefes de Estado.

El tema es el de siempre: la pena de muerte disuade o no de matar a otros asesinos en potencia. El argumento contrario a la pena de muerte es el de que desde que se conoce la historia de la Humanidad, la pena de muerte se ha ejecutado siempre (y en años pretéritos, con una frecuencia espantosa y sin voces en contra), y ello no ha disuadido a los asesinos; y el de que el asesino lo es sin tiempo para reflexionar en las consecuencias de su conducta. El argumento favorable a la pena de muerte es el de que no se podrá saber nunca cuántas personas han dejado de asesinar por miedo a ser castigadas con la muerte. Se vive en el terreno de las suposiciones. Es el mismo diálogo que se mantiene en toda la cuestión general del comportamiento del Estado para con sus súbditos: si las sociedades permisivas producen mayor número de delinquentes que las sociedades rígidas. Las estadísticas son inconcluyentes, y se llega siempre al mismo lugar de partida: si el hombre es "bueno" por naturaleza y maleado por la sociedad, o si es "malo" por naturaleza y debe ser reprimido. Son respuestas que corresponden generalmente a una actitud de izquierdas y de derechas. Pero se diluye cada vez más el sentido de "bueno" o "malo", y se pierde el de

"Naturaleza". No encontramos en el terreno del sinsentido.

La pena de muerte aparece cada vez más como una venganza. Aparece también como un producto de las circunstancias en las sociedades llamadas reflexivas. Un mismo ciudadano habría sido indultado o no condenado por un mismo delito en una época diferente.

La posibilidad de reformar la sociedad de forma que no produzca estos seres deformes a los que llamamos asesinos, y reduzca al mínimo a los considerados como delinquentes, es sin duda utópica. Pero esa utopía es el objeto de toda política. Esto es, de toda política ética, de toda reflexión doctrinal o ideológica sobre la condición humana. No se hace adelantar el concepto de convivencia. Una de las maneras de hacer posible la utopía de la convivencia, o el estado ruso-niano de inocencia —del que tanto se han burlado siempre los ricos, los conservadores, los derechistas— es luchar por la abolición de la pena de muerte. Si se considera a los Estados como la punta avanzada de la civilización —lo cual no es fácil en estos tiempos ni en los históricos—, son ellos los que deben dar ejemplo. El ejemplo no es el de matar: es el de no matar a nadie, delincuente o no. Aparte las estadísticas, aparte las consideraciones jurídicas, la pena de muerte sigue siendo un símbolo, un lenguaje. Es el lenguaje de un poder que no perdona y es el de una sociedad donde se puede matar. Todo el esfuerzo que se viene haciendo en el mundo desde hace siglos por sacralizar la vida humana, y el cristianismo tiene gran parte en ello —no ya la Iglesia, que no se ha abstenido nunca de matar cuando lo ha considerado necesario y cuando ha tenido el poder para hacerlo—, se rompe cada vez que se ejecuta a un condenado.

La guillotina de Marsella acaba de romper una vez más esa esperanza. No es la única. Hay ejecuciones casi a diario en el mundo: en Uganda o en Etiopía, en Vietnam, en la URSS. Se protesta menos de ellas en Occidente de lo que se puede protestar cuando una pena de muerte se cumple en Francia, en Estados Unidos o en España. No hay que ver en ello una irregularidad o una injusticia, sino una forma de modificar la sociedad a la que uno pertenece: un deseo de separarse con la protesta de esa sociedad o de sus directores, una posibilidad de influir en ellos más que en lo que se puede influir en "los otros".

El debate, desgraciadamente, no ha terminado. Es un debate viejo y, por lo que se ve, continúa. Pero es el momento de aprovechar, una vez más, esta circunstancia para pedir la abolición de la pena de muerte y, en cualquier caso, la utilización inmediata del derecho de gracia cada vez que se pronuncie una condena. ■ J. A.